

Radiografía del laberinto chino

'Un jardín en Shanghái', de Pedro Molina Temboury, mezcla hábilmente realidad y ficción para transportar al lector a las contradicciones del gigante asiático en el siglo XXI

REPORTAJE

ZIGOR
ALDAMA



Hace siete años, Pedro Molina Temboury se convirtió, de forma inusitada y casi sin darse cuenta, en un espía al servicio del Gobierno chino. Concretamente, en 2010 fue el organismo oficial que gestionó la organización de la Exposición Universal de Shanghái quien lo contrató como 'asesor internacional', a pesar de que toda su experiencia en este tipo de eventos se reducía a la ociosa jornada que pasó visitando la mucho más comedida Exposición Internacional de Zaragoza. A través de amistades forjadas tiempo atrás durante el rodaje de un documental sobre la presa de las Tres Gargantas, y animado por la falta de oportunidades de una España en cri-

sis, este cincuentón se dejó querer por el capital del Partido Comunista y acabó descubriendo la China del siglo XXI desde una de las pocas casas con jardín de su capital económica.

Al menos eso es lo que el escritor y guionista de televisión malagueño nos quiere hacer creer, porque su última obra, 'Un jardín en Shanghái', mezcla realidad y ficción en primera persona de forma que es casi imposible distinguir entre ambas. Lo que sí es cierto es que su experiencia en la mayor Expo de la historia, en la que se encargó de la Comunicación y de los Contenidos del pabellón de España, le ha servido para realizar una interesante radiografía de la segunda potencia mundial. Y se agradece que no la haga desde la perspectiva de quien mira a China por encima del hombro, ni tampoco destrozado por la admiración que suelen provocar los destellos del Shanghái de neón.

Temboury se adentra en la sociedad de China de la mano de seis protagonistas -uno por capítulo- que dibujan un complejo hexágono, como el de las caprichosas ventanas de jardi-

nes y templos que tanta curiosidad le causan. A su alrededor orbitan otros personajes secundarios no menos representativos del universo chino y del microcosmos que representa Shanghái, una megalópolis cosmopolita que ha logrado retener el carácter desenfadado y abierto que se forjó con los decadentes invasores occidentales. La capital económica de China siempre se ha debatido entre ser la 'puta de Asia' o la 'perla de Oriente', y el escritor logra retratar ambas a pesar de que se le siente más cautivado por la segunda.

Cangrejos peludos

El recorrido que plantea no es turístico sino social. La escritura sencilla y sin florituras de Temboury, más propia de un ensayo, disecciona con precisión a personajes prototípicos que sirven para dibujar un minucioso retrato colectivo de China. El que le acompaña de principio a fin es el burócrata jubilado que sigue trabajando para complementar su exigua pensión y que se refugia en su caparazón de tortuga cuando vaticina algún lio. Es él quien



propicia su ficticia contratación por el Gobierno chino, y quien hace de enlace con el alto cargo del Partido que organiza banquetes para disfrutar de carísimos cangrejos peludos con una amante rechoncha que prepara en secreto su venganza.

También está la sofisticada y brillante esposa de ese mismo alto cargo que se aprovecha de la infidelidad de su marido para disfrutar a su vez de la suya propia, un episodio que da lugar a un curioso cuadrilátero amoroso. Y en su trabajo Temboury tiene ocasión de entablar amistad tanto con un joven comunista a destiempo, que le hace recordar el fervor maoísta que él mismo sintió durante una juventud revolucionaria cuyo entusiasmo se ha visto desplazado por el aburguesamiento de la edad, como

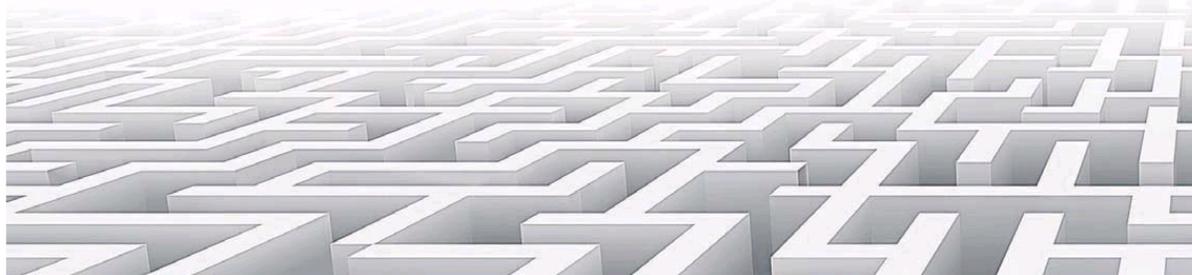
UN JARDÍN EN SHANGHÁI

Autor: Pedro Molina Temboury.
Editorial: Almuzara. 494 páginas.
Córdoba, 2016. Precio: 24,95 euros

La capital económica del país siempre se ha debatido entre ser la 'puta de Asia' o la 'perla de Oriente'

con su antagonista, un 'príncipe rojo' homosexual que representa la apertura de China y el ensimismamiento de su juventud con lo occidental. Para la recta final deja la entrañable masajista perteneciente a una minoría étnica que se juega la carrera profesional por negarse a proporcionar a los clientes el alivio de la masturbación que esconde el 'happy end'.

Además, en las 494 páginas de 'Un jardín en Shanghái' Temboury también encuentra espacio para un plantel secundario de lujo. Está el precario corresponsal 'freelance' español que hace de pepito grillo cuando el protagonista se muestra excesivamente confiado, y que siempre anda husmeando la noticia y metiéndole en líos. También hay un empresario taiwanés muy crítico con el régimen chino, aun-





Temboury y la cineasta Isabel Coixet posan con 'Miguelín', el bebé diseñado por ella para el pabellón de España en la Expo de Shanghai
:: CHARLIE XIA

mensales de un pequeño antro se dan la vuelta para mirar al forastero y reirse de su falta de destreza con los palillos; la aprensión que provocan los manjares imposibles de identificar en la variada gastronomía china; las enrevesadas estrategias para el regateo en los mercados de falsificaciones; o los continuos equívocos que provoca la dificultad de pronunciar correctamente los cuatro tonos que el mandarín otorga a las vocales.

Sin complejos

Temboury también demuestra solvencia en la descripción de lugares, hasta el punto de que, aunque apenas sale de Shanghai para hacer escapadas a ciudades vecinas o a la montaña de Moganshan, la novela se adentra en muchas ocasiones en el territorio de la literatura de viajes, descubriendo rincones que ni siquiera los que han vivido un buen puñado de años en Shanghai conocen. Se echa de menos, no obstante, una mayor presencia de la megalópolis futurista, en la que el narrador apenas se deja ver aunque es evidente que la conoce bien. Falta un poco del Shanghai canalla, sucio en lo ético, habitado en la noche por extranjeros sin escrúpulos y con intenciones tan claras como inconfesables, ya sea en el plano empresarial –le saca poco jugo al personaje del empresario Juande– o en el sexual, pasa de puntillas por el icónico Bar Rouge, con sus prostitutas de lujo y occidentales babosos.

Además, la narración, a la que le cuesta prender la mecha, se ralentiza en exceso cuando Temboury pone el foco sobre los aspectos más espirituales de la cultura china. No porque carezcan de interés, sino porque los aborda con una minuciosidad técnica que contrasta con la ligera frescura del resto de pasajes de la novela, rompiendo en exceso el ritmo de la lectura. En cualquier caso, el escritor sale exitoso del objetivo que se había marcado: llenar un vacío en la literatura española que aborda la realidad china sin complejos ni prejuicios. Y lo hace con una historia coral en la que sus personajes provocan una emoción común: es imposible no encariñarse de ellos.

que se enriquece gracias a sus políticas, y que está obsesionado con evitar que las mujeres le roben energía durante el sexo. Y el escritor dedica unas certeras pinceladas hasta al portero de noche que frunce el ceño y prohíbe la entrada de cualquier presencia femenina indocumentada y sospechosa de ejercer la profesión más antigua del mundo.

Todos estos personajes dan pie a Temboury para abordar infinidad de asuntos clave de la China pasada y presente. Desde los pilares filosóficos que han construido el taoísmo y el confucianismo, hasta los conflictos planteados por las minorías tibetana y uigur, pasando por las guerras internas del Partido Comunista, la explotación laboral que ha facilitado el establecimiento de la 'fábrica del mundo', o el sistema de

residencia del 'hukou', que limita la migración interna de zonas rurales a urbanas. Y es en esa diversidad donde radica el aspecto más fascinante de una novela que posee elementos para contentar a todo tipo de lectores, ya estén interesados en descubrir la aparentemente extinta espiritualidad china o busquen soltar alguna que otra carcajada con los continuos choques culturales que descoloca al narrador y protagonista principal de la historia.

Porque el humor es uno de los elementos que Temboury no ha escatimado en hilarantes escenas que salpican el hilo narrativo. Son, además, situaciones muy comunes con las que se puede identificar cualquier extranjero que haya visitado China, aunque haya sido solo unos pocos días: ese momento en el que todos los co-

«Quiero que el lector cambie su visión de China, un país fascinante»

Pedro Molina Temboury Escritor

:: Z. ALDAMA

SHANGHÁI. Pedro Molina Temboury (Málaga, 1955) aterrizó en China por primera vez en 1996, cuando viajó al país para preparar el guion de un documental sobre la presa de las Tres Gargantas, el mayor proyecto hidroeléctrico del mundo. El trayecto por el Yangtsé le sirvió para zambullirse en la historia del 'Imperio del Centro', al que regresó en varias ocasiones hasta el año 2000. Una década después, se le presentó la oportunidad de dirigir la Comunicación y los Contenidos del pabellón de España en la Exposición Universal de Shanghai.

– Es una ciudad de 24 millones de habitantes y el centro económico de China, reconocible por sus miles de rascacielos. Y va usted y hace que su novela pivote en torno a un jardín tradicional.

– Aunque el jardín del libro es ficticio, cuando yo estuve empleado en la Expo tuve la suerte de residir en unos apartamentos que tenían uno. Y creo que es una buena metáfora de China, un lugar en el que la naturaleza, con todos sus elementos representados, resiste en una ciudad superpoblada y sirve de espacio para reflexionar, algo para lo que tampoco suele haber mucho tiempo debido al frenético ritmo sobre el asfalto.

– La Exposición Universal de Shanghai le permitió vivir en China y es el telón de fondo de la historia. Sin embargo, ha optado por mezclar realidad y ficción. ¿Por qué?

– Es una combinación de crónica y de ficción. El narrador es un hombre de edad muy similar a la mía, en el que, como siempre, hay mucho de auto-

biográfico. Pero cuando me decidí a escribir el libro aprovechando que estaba solo en Sao Paulo, tuve claro que tenía que ser una novela que sirviese para contar el pasado y el presente de China. No obstante, el primer capítulo, en el que navegamos por el Yangtsé de hace dos décadas, es verídico. Fue el viaje que afianzó mi interés por China, un país que llevaba mucho tiempo en mi vida porque de jóvenes todos éramos maosistas y en la época hippie leímos libros como el 'tao te ching' sin entender nada. Y seguimos sin entenderlo.

– El pasado y el presente del país, siempre enfrentados en su novela, se van diseccionando a través de los seis personajes que la protagonizan. ¿Cómo los eligió?

– Tenía claro que tenían que ser diferentes, y el desafío era que fuesen chinos. También tuve claro que tenía que enamorarlos de esos personajes.

Empecé por el intérprete grñón que todos hemos tenido en el país, y que pone de relieve la dificultad que China supone para comunicarse. Luego, uno llevó al otro. En ellos hay rasgos de mucha de la gente que conocí y en la que me fijé mucho durante la Expo, como los burocratas y los 'principes rojos' –hijos de altos cargos del Partido Comunista–, y también datos y detalles que he ido recopilando de libros como 'Factory Girls', que ha sido determinante para perfilar a la emigrante rural Laidí. He leído mucho y lue-

go he pasado todo por la batidora para que resulten verosímiles.

– Juntos hacen una radiografía muy equilibrada de China. Presenta al país sin ningún sesgo ideológico.

– Sinceramente, creo que hay una tendencia a contar solo lo negativo de China. La gente tiene muchos prejuicios, y cree que China ha perdido todo su pasado. Pero no se pueden borrar tradiciones milenarias en 70 años. Por eso, a mí me interesa ir descubriendo qué queda de ellas en la población, lo mismo que me entusiasma recorrer Shanghai en busca de los antiguos edificios coloniales. Muchos siguen ahí, aunque estén tapados por carteles de neón. China provoca miedo porque sólo se habla de su economía, y olvidamos que tenemos muchos puntos en común con sus habitantes: desde hablar muy alto, hasta un cierto caos organizativo. Con el libro trato de apaciguar la sinofobia existente.

– Pero también existe sobre el lado más oscuro del país.

– Claro. Desde la Revolución Cultural, que supuso la ruptura que a la postre ha permitido el milagro económico actual, hasta la falta de libertades, que yo mismo experimenté durante la Expo. Pero los chinos miran al futuro, y el futuro pinta bien, aunque sea un cuento de hadas. España es la otra cara de la moneda.

– Retrata una España en crisis que se muestra en una China en auge durante la Expo. ¿Cómo ve a China en el futuro?

– Ahora, muchos cambios que se viven en el mundo ya tienen que ver con China. E imagino que su peculiar modelo político y económico, cuyo colapso se ha vaticinado erróneamente en multitud de ocasiones, continuará funcionando y otorgándole todavía más peso en la esfera internacional. Es un proceso de reubicación que está poniendo a China en el lugar que le corresponde en el mundo. Y eso provoca un terremoto global.

